



Así se escucha la voz de Dios

Jesús Vicente García

I

RECIBÍ VÍA CHAT DEL *féisbuc* LA INVITACIÓN de Basilio para acompañarlo a festejar a su mamá. Él es un joven de veintialgo de años que conocí en las canchas de básquet del parque Álamos, y a los dos nos gustan los libros de Mónica B. Brozon. Una noche nos las amanecemos hablando de *Las niñas siempre andan bien peinadas*. La leyó por influencia de su mamá, a quien le encantan las lecturas para niños.

Por supuesto que me negué, yo no festejo ni a mi mamá porque dice que esas fechas las inventa la tele, previas palabras de “es un honor para mí, pero...”. Mis argumentos los hizo trizas. Si decía que no, él le diría a mi esposa que la ocasión que llegué algo bebido no fue por la cena del periódico, sino porque me fui con él y sus amigos de la facultad a un antro, que canté *karaoke* (se supone que lo odio) y que Tere puso sus enormes glúteos de veintitrés años en mis piernas y me plantó un besote, cuyas fotos resguarda muy bien para casos como éste, y bien podría *féisbuquearla* masivamente.

Me puse mi traje de lino color arena y guayabera azul. Le dije a mi mujer que yo la alcanzaba en casa de sus hermanos, que tenía que ir al trabajo unas tres horas nomás a corregir unas cuartillas urgentes. Y aquí estoy, en el Zócalo de la ciudad—inundado de globos y motivos rojos por el día de la madre—, con Vera, su mamá, una mujer cuarentona y guapa, *Blackberry* en mano, caderoncita, ojos grandes, morena clara, cabello corto, lacio y grafilado, tenis *Converse* azul marino, mezclilla ajustada para sacar



suspiros y playera estampada con Peggy disfrazada de la Gioconda. Basilio va con su novia Naty, con un escote tremendo, trasero ídem y una voz de pito. Caminamos hacia la Catedral, porque Vera es católica y quiere estar cerca de Dios, y una forma, dice, es el sonido de las campanas. Platicamos de los ochenta, de Miguel Mateos, que ella fue a ver a Hombres G y a Radio Futura; conoció al padre de Basilio en un concierto de Los Amantes de Lola en La Última Carcajada de la Cumbancha (LUCC), en Insurgentes, y fue testigo del debut de Café Tacuba ahí mismo; ¡oh, qué tiempos aquellos, señora Vera!

II

“No quiero comidas ni regalos para hacer quehacer, ni ropa, ni perfumes, ni nada de eso; siempre me ha chocado ese festejo a las madres, pero Basi terco con que vamos a festejar, y yo dije sí con la condición de que yo diría a dónde”. Y yo que pensé que íbamos a ir a algún restaurante con globitos que dijeran “Feliz día de las madres”. Supe que es divorciada y que gusta de escribir poesía, trabaja en una dependencia de gobierno, esclava del *féisbuc* y *twittera* de corazón, lee con igual pasión el *Cantar de los Cantares*, a Baudelaire y cualquier título de la Brozon. En la entrada de Catedral había artesanos por un lado y pordioseros sindicalizados por el otro.

Compramos boletos para la visita guiada al campanario. Tres y media de la tarde. En Informes, en la entrada principal, un joven nos pide que lo sigamos. Damos vuelta a la izquierda, el guía abre una puerta de metal angosta y oxidada y por ahí subimos una escalera de caracol de cemento; es como estar en esos

monasterios medievales que se ven en las películas. Casi se me salen los hígados del cansancio; en cambio, ellos parecen niños. Ríen. Se hacen chistes locales. Naty se carcajea estruendosamente. Vera es discreta. La mayoría de los visitantes son jóvenes, tan sólo hay dos señoras más y un par de viejitos japoneses que hablan el español muy extraño.

El guía nos da la oportunidad de tomar aire. Estamos en una especie de bóveda blanca, sin división entre pared y techo que parece de cemento blanco. Ahí se confesaban y platicaban los sacerdotes, sólo que en lugar de hablar de frente se daban la espalda, cada uno frente a paredes opuestas con la boca pegada al muro. ¿Alguien quiere intentarlo?, pregunta el joven después de poner el ejemplo entre él y Naty. Levanto la mano y me dirijo a una pared. Vera a la otra. “¿Cuál es tu novela favorita?”, abre ella. “*Don Quijote*”. “¿Y para niños?” “*Pinocho*”. “¿Qué te gustaría hacer después de salir de aquí?”, pregunto. “Platicar”. “¿De qué?” “De los ochenta y comer una hamburguesa globalizada”. “¿Cuál es tu novela favorita?” “*Delirio*, de la Restrepo”. Se escucha como si me hablara al oído, cerquita cerquita.



Salimos de la bóveda, previa lluvia de preguntas de Vera. Estamos arriba de Catedral, caminamos en sus cúpulas que parecen medios globos gigantescos, rojos y duros. Explica el guía que una de esas campanas pesa siete toneladas. Desde aquí se ve la ciudad, la Torre Latinoamericana, Tlatelolco, el Aeropuerto, la cúpula del Palacio Negro de Lecumberri. Ahora nos dirigimos a otras escaleras de caracol de cemento. Podemos ver a través de unos ventanales a la gente que está abajo, en Catedral. Subimos y llegamos al campanario. Vemos la campana principal, Santa María de Guadalupe, de trece toneladas. Ah, porque tienen nombre no son campanas y ya, sino que se les designa como a las personas, como a los arcángeles, ángeles y santos. Son muchas y cada una tiene su función, su nombre y su sonido. Hay una especie de telaraña hecha de cuerdas gordas que llegan a un centro y se enlazan con cada una. No permiten que la gente las jale así como así. La de Juan Diego, que pesa dos toneladas, fue bendecida por Juan Pablo II, y hay otra, la que tocó un joven en el momento de la matanza a los estudiantes en Tlatelolco, en 1968. Pero la historia que más conmovió a Vera fue la campana que fue castigada durante cincuenta años. Es de esas que,

al tañerla, debe dar la vuelta completa y no sólo como péndulo. El caso es que, según el guía, un sacristán la repicó, pero éste no se puso en el lugar adecuado al momento de la vuelta de campana y se lo llevó de corbata. Murió al instante. El obispo de aquel tiempo la marcó con una cruz roja y se le castigó con el silencio. No volvería a tocar. Pero durante la reciente visita del Papa Juan Pablo II fue indultada, así que después de cincuenta años se le levantó el castigo.

—¿Castigar a una campana? —Vera parece que habla para sí misma. Luego, eleva la voz—. Dios no la hubiera castigado. A ver, por qué no castigó al madero en que crucificaron a Jesús, o a la cueva a la que lo llevaron, o la lanza del infeliz centurión que le picó el costado... De todos modos, qué bonita historia, ¿verdad?

La visita no duró más de media hora. Y eso que Vera hizo preguntas y comentarios como una niña-alumna inquieta. A las cuatro ya estamos libres. Una hamburguesa, dice Vera. Naty la apoya. A Basilio le da lo mismo. Yo debo ir con mi mujer, porque si se entera que estuve con Vera, no me la acabo. Además, yo qué ando festejando a la mamá de nadie, si nomás

porque Basilio es mejor chantajista que basquetbolista, pero me cae a todo dar, ni hablar. Ah, pero ésta me la va a pagar.

Hamburguesa en mano, Vera habla y habla del campanario, de Dios, de caricaturas, mientras *feisbuquea*; yo me devoro una *McCombo* y ella una *McNífica*. Dice que todos debemos seguir siendo niños, que los adultos somos una bola de babosos que creemos que razonamos y en realidad estamos ciegos, que eso de festejar a las madres es un invento, que el festejo debe ser en todo caso algo distinto. “Como ir al campanario”, digo yo. “Exacto. Estar cerca de Dios y poner al mundo patas pa’riba, qué caray”. El lugar está ambientado para la ocasión, lleno de mamás arregladas, con sus hijos que comen cual desesperados. Hay una promoción, paquete *Mc no se qué*, especial para ellas, el cual Vera se negó a pedir a pesar de que le rogamos y casi nos hincamos.

Vera va al baño. Basilio come un helado. Naty, frente a mí, me pone en aprietos con su escote. Me acabo mi *McCombo*. A lo lejos, escuchamos el grito de alegría de los niños que juegan en la resbaladilla, andan en los túneles, saltan en el brincolín, se corretean y se ríen. Naty desea ir a *Shasa*, a *Zara* y anexas. Su plan es ir a Parque Delta al cine, aunque Vera dijo que primero quería ir a *Gandhi* para ver las novedades literarias. Es momento de partir. Me levanto para buscar a Vera y despedirme. Al fin ya me dijo cómo encontrarla en *féis*.

Hombres de seguridad acuden al lugar de los niños. Cerca de los baños. Me asomo nomás por chismoso. Un par de infantes ven hacia arriba del túnel, donde comienza la resbaladilla, veo un par de pies, “de patitas”, dicen los traviesos. Son unos *Converse* azul marino. Yo he visto esos tenis. “Señora, ¿puede hacer el favor de bajar?”. Me acerco más. Es Vera, quien baja de un salto y se le levanta un poco la playera de *Peggicon-*

da, abraza a un niño, lo besa, ambos ríen, sale y se le enfrenta al de seguridad, le dice que ella comparte la alegría con los niños, que ningún policía lo va a impedir, pero guarda el estilo, no se despeina, no grita, no dice groserías y, antes de irnos, se despide de unas niñas de cabello largo, les dice que son unas princesas, que no dejen de reír. En el camino se arregla su grafilado. Naty tiene cara de enojo. Basilio está apenado. Estoy cansado y algo nervioso porque debo irme rápido, pero también estoy a gusto y hasta me dan ganas de quedarme. Su festejo va para largo. De Delta, dice, van por un tequila, y me espera en su casa en la noche para bebérmolo; ya parece que voy a ir, antes me ahorca mi mujer, así que me despido, corro en medio del Zócalo lleno de tiendas de campaña, con pancartas del día del trabajo y banderitas del diez de mayo; y yo corro y corro, es tarde y ya me la han de estar recordando. Lo bueno es que las campanas de catedral me permiten escuchar solamente la voz de Dios. ■■■

